

* *

¿Lo sabremos algún día?
 ¿Quién romperá vuestros velos,
 oscuros firmamentos, sembrados
 de nubes de apiñadas estrellas?
 ¿Quién puede, ¡oh mar! descender
 a tus profundidades y registrar-
 las? ¿Qué ciencia nos lo enseñará?
 Buscad en el lecho de los mares,
 y en el Océano conocido jamás
 podréis sondear la perla divina
 del alma.

* *

¿Qué debemos hacer, qué de-
 bemos pensar? ¿Negar, dudar o
 creer? ¡Encrucijada tenebrosa!
 ¡Triple camino en las tinieblas
 de la noche! El hombre más sabio
 se sienta al pie de un árbol y
 murmura: —«Señor, iré donde tú
 me envíes.» Espera, y por los tres
 sombríos caminos, meditabundo
 y taciturno, oye caminar al géne-
 ro humano.

Mayo de 1830.

XXVIII

A MIS AMIGOS S. B. Y L. B.

Lamento vuestra ausencia, mis
 queridos amigos, el pintor y el
 poeta; no me encuentro sin vos-

otros y de continuo os estoy ha-
 mando; aborrezco a la Norman-
 día, porque os retiene tanto tiem-
 po.

* *

Lleváronse consigo toda mi poe-
 sia: uno en su inspirado laúd y el
 otro en sus inspirados pinceles;
 en el manantial de su poesía y de
 su pintura bebía la inspiración
 mi Musa favorita.

* *

¡Adiós, pues, manantial! ¡Adiós,
 cariñosos corazones que dulcifica-
 ban toda mi vida! ¡Adiós, pues,
 a la alegría que esos dos seres, de
 tan diferente genio, infundían en
 mi pecho con idéntica amistad!

* *

Creo verles aquí aún cuando
 pasaban discutiendo la ojiva y el
 arco delante de un viejo pórtico;
 o verles en sus momentos de des-
 canso buscar detrás de una celo-
 sía unos ojos negros a través
 del varillaje de un abanico.

* *

De la joven bella y del antiguo
 monasterio, tú, píntanos la belle-
 za; tú, descríbenos el misterio,
 con ese encanto peculiar de los
 dos; a través del transparente

velo y de la amarillenta muralla,
 sabéis ver, amigos míos, en la
 mujer el amor y Dios en el tem-
 plo.

* *

Proseguid vuestro camino, ar-
 tista y apóstol, hermanos geme-
 los; aquél nos pinta el universo
 que éste nos explica, porque para
 vuestra felicidad, cada uno de
 vosotros tiene en la tierra su
 porción propia; el pintor tiene
 el mundo; el poeta, el alma, y
 los dos, la inspiración del Omni-
 potente.

15 de mayo de 1830.

XXIX

Obscuritate rerum verba saepe obscurantur.
 GERVASIUS TILBERIENSIS.

LA PENDIENTE DE LA IMAGINACIÓN

Amigos, no ahondéis la pro-
 fundidad de vuestros desvaríos.
 No queráis cavar en el suelo de
 vuestras llanuras florecientes, y
 cuando se ofrece a vuestros ojos
 el Océano dormido, nadad en la
 superficie o recorred sus orillas.
 El pensamiento es sombrío; por
 pendiente insensible se desliza

desde el mundo real a la invisible
 esfera; su espiral es profunda, y
 cuando a ella se descende, sin
 cesar se prolonga y se ensancha,
 y el que pasa rozando alguno de
 sus fatales enigmas, regresa pá-
 lido de ese viaje vertiginoso.

* *

El otro día acababa de llover,
 porque han empañado este año
 el estío los cierzos y las lluvias,
 y el hermoso mes de mayo, cuya
 apacibilidad suele ser engañosa,
 toma la máscara del abril, que
 sonríe y que llora. Había subido
 el transparente de góticos colori-
 nes de mi ventana, y contemplaba
 desde lejos las flores y los árboles.
 Las gotas de la lluvia brillaban
 en el verde césped al recibir los
 rayos del sol, y mi abierta ventana
 traía desde el jardín a mi tran-
 quilo espíritu la algazara de los
 niños que jugueteaban y el canto
 enamorado de los pájaros. París,
 con sus grandes olmos, con sus
 casas, con sus cúpulas, todo él
 flotaba ante mi vista envuelto en
 la espléndida luz del sol de mayo.
 Me quedé absorbido en estas tres
 armonías, primavera, mañana, in-
 fancy, que se confundían ante
 mis ojos y en mi imaginación: el
 Sena, como yo, dejaba fluir con
 suavidad las olas por su pendiente
 y el astro del día evaporaba al
 mismo tiempo en las playas el
 agua del río en nieblas y mi pen-
 samiento en desvaríos.

* *

Entonces vi con los ojos de la mente, alrededor mío, a mis amigos, no confusamente, sino con la misma claridad que los veo cuando vienen por la noche a mi casa; al uno con sus brillantes pinceles y al otro con sus versos de ardiente inspiración; todos los demás amigos estaban formando círculo; éamos y mirábamos; nadie faltaba a la reunión; asistían hasta los que se hallaban realizando largos viajes, acudían hasta los difuntos, conservando el mismo aspecto que cuando vivían. En cuanto contemplé durante algunos instantes con los ojos de mi pensamiento a todos mis compañeros sentados junto al hogar, vi que temblaban sus confusos semblantes y que por grados palidecían y se borrraban sus facciones descoloridas, y todos ellos, como un arroyo que se pierde en un lago, se desvanecían alrededor de mí

* *

¡Vi con los ojos del pensamiento una innumerable multitud, un caos de voces, de ojos, de pasos; hombres a quienes jamás había visto, hombres que yo no conocía, vi todos los vivos! ¡Vi ciudades murmurando como un bosque

de América o susurrando como una colmena llena de abejas, caravanas acampadas en el ardiente desierto, marineros dispersos por el Océano! Vi los dos polos, el mundo entero, el mar, la tierra, los Alpes de frente nevada, el Etna con su sombrío cráter, y a un mismo tiempo el otoño, el estío, la primavera y el invierno, los valles que descendían desde la tierra hasta el mar y los mares que inundaban las campiñas, los cabos y los grandes continentes, brumosos, verdes o dorados, inundados constantemente por la inmensidad de los mares.

* *

¡Todo esto, como un panorama, en una cámara obscura, se reflejaba en mi espíritu; todo esto vivía en él y pasaba! Entonces, fijándose más atentamente mi pensamiento y mi vista en infinitas perspectivas que el soplo del viento o el paso de las estaciones me ofrecían a cada momento, vi surgir de pronto, y algunas veces del fondo de las olas, al lado de las ciudades vivas de los dos mundos, otras ciudades desconocidas, nunca vistas, sepulcros ruinosos de los tiempos pasados, en donde se hallaban amontonadas torres y pirámides y ciudades que bañaban sus pies en el mar y sus cabezas en el cielo húmedo. Algunas de ellas salían de debajo de las

* *

ciudades vivas, y desde los siglos pasados hasta la edad presente pude contar tres pisos de Romas. Y mientras confundíendose los clamores y griterío de todas las ciudades de los vivos con el murmullo del pueblo o con los pasos del ejército, las ciudades del pasado, cerradas y mudas, sin lanzar humo por sus chimeneas, sin que surgiese ningún rumor de su seno, callaban y parecían colmenas vacías. De improviso oí gran estruendo. Las razas muertas de las desoladas ciudades abrieron las puertas y vi que marchaban como las ciudades vivas, pero levantando una polvareda mucho mayor. Entonces vi las torres, los acueductos, las pirámides y las columnas; el interior de las antiguas Babilonias, a Cartago, Tiro, Tebas y Sión, de donde incessantemente salían las generaciones.

* *

Así lo abarqué todo; el mundo con su faz antigua y con su faz moderna, el pasado y el presente, los vivos y los muertos, la humanidad entera. Todo me hablaba a la vez y se me hacía comprensible, el habla del pelasgo Orfeo y del etrusco Evandro, las ruinas de Irmsensul, la esfinge agipcia y la voz del nuevo mundo, que no es más joven que el antiguo.

* *

No podría describiros lo que veía. Era como un inmenso edificio edificado con el hacinamiento de siglos y de lugares, en el que no se podían encontrar ni los bordes ni los centros; que sustentaba en todas sus alturas naciones, pueblos, razas; millones de obreros humanos, que dejando por doquiera sus huellas, trabajaban de noche y de día, hablando cada uno un idioma y sin entenderse, y yo recorría, en busca de alguien que me respondiera, de grada en grada, esa Babel del mundo.

* *

En ese sueño espantoso me sorprendió la noche, obscureciéndolo todo, y en las regiones que la mirada no puede escudriñar cuanto más numerosos eran los hombres, la obscuridad era más densa; y sólo un soplo que pasaba de vez en cuando, como para enseñarme aquel hormiguero humano, iluminaba con resplandores fugaces aquella vasta noche.

No tardaron las tinieblas en envolverme, se disipó el horizonte,

las formas se desvanecieron, y el hombre y los objetos y el ser con el espíritu flotaron a mi soplo y temblé. Todo huía de mi vista. Quedé solo. La extensión quedó sombría. Unicamente se distinguía en lontananza, a través de la sombra, como de un Océano de olas negras y apretadas, en el espacio y el tiempo, amontonada la colección de las unidades.

* *

El doble mar del tiempo y del espacio, por el que el navío de la humanidad navega y va y vuelve sin cesar, quise sondearlo, quise llegar a su fondo de arena, cavar y escrutar allí, por sacar de su abismo alguna extraña riqueza y decirsi su lecho es de roca o es de fango. Mi espíritu sumergióse en ese seno, y en sus profundidades nadó solo y desnudo, bogando desde lo inefable hasta lo invisible... De pronto se volvió, lanzando terrible grito, fascinado, jadeante, estúpido y lleno de terror, porque en el fondo había encontrado la eternidad.

Mayo de 1830.

XXX

RECUERDO DE LA INFANCIA

A José, conde de S.

Cuncta supercilio.
HORACIO.

Un día que en el Pantheon se celebraba una gran fiesta, vi pasar a Napoleón, cuando yo no tenía más que siete años. Para contemplar su figura heroica me escabullí del lado de mi madre, porque las hazañas realizadas por ese hombre exaltaban mi imaginación; mi cariñosa madre, que con facilidad se sobresaltaba, asustábase al oírme hablar de guerras, de asaltos y de batallas en mis años más tiernos.

* *

Lo que hizo que de mí se apoderase un santo temor cuando apareció el emperador a la cabeza de su séquito, mientras los otros niños preguntaban a sus madres si era aquel el héroe, no fué el ver que le seguía todo un pueblo, ni verle desde lejos cubierta la cabeza con sus viejo sombrero,

más hermoso en él que una diadema, ni que fueran tras de él diez vasallos coronados, que temblando se fijaban en sus espuelas, ni sus veteranos granaderos, ni el voltrear de las campanas, ni las miradas frías?...» Mi padre, cogiendo con sus manos mi débil cabeza y mostrándome lejos el espacioso horizonte, me contestó: «La tierra, que ante tus ojos aparece inmóvil, se conmueve más que el aire, más que las olas y más que las llamas, porque el germen de todo cuanto existe se agita en su seno. En sus tenebrosas profundidades, noche y día siente sumergirse las raíces, serpientes que se nutren en los arroyos de las savias predispuestas, y que las abrevan sin cesar, corren por ella muchas llamas, y tan pronto empapa el cristal, que transforma en diamante, tan pronto en alguna mina sombría alumbrá montones de carbunclos; o saliendo a la luz, todavía con más magnificencia, coloca sobre la frente del Etna un penacho de oro. Continuamente está trabajando el interior de la tierra, y su flanco universal se estremece incessantemente. Gota a gota el manantial de todos los ríos se filtra en ella por la noche. La tierra hace aparecer en su superficie los trigos, las ciudades, los bosques y los hombres. Contempla cómo todo verdea, cómo todo ríe, cómo todo está vivo; pues bien, mientras tú estás mirando todo eso, en el seno de la tierra

* *

Por la noche se lo conté a mi padre, mientras se despojaba de su uniforme de guerra y yo jugaba con sus charreteras; pero mi padre sacudió la cabeza sin contestarme. Con frecuencia una idea se apodera de nuestro espíritu y se nos aparece a cada instante: la cándida infancia tiene sus asombros.

* *

Al día siguiente, para ver la puesta de sol, subí con mi padre a la colina que domina París por la parte de Levante, y caminábamos los dos; él pensativo y yo divagando. Aquel hombre se me aparecía como un ser extraor-

que nunca se agota de tanto en sus playas un nuevo ejército, producir, las futuras cosechas tal vez en la obscuridad del alma tiemblan confusamente. de ese hombre surge el sol de un segundo Austerlitz.▶

* *

»De la misma manera, hijo mío, trabaja el alma activa y fecunda del poeta que crea y del soldado que edifica. Pero no se conoce; la llama interior que los consume no aparece al exterior. Así también Napoleón, rodeado de esplendores y que tanto ruido hizo al forjar su corona, ese hombre célebre que ves inmóvil y mudo cruzar las calles, mientras un pueblo le aclama, quizás siente bullir y germinar en el fondo de su cerebro un porvenir. Tal vez en su imaginación perspicaz entreve que la Europa se transformará en una Francia inmensa, y que Berlín, Viena, Madrid, Moscú, Londres y Milán vendrán anualmente a París a rendirle homenaje; que el Vaticano será vasallo del Louvre; que se hundirán en el abismo los antiguos tronos, y que de todas sus ruinas surgirá para la humanidad otro Carlomagno con otro globo de oro en la mano. Y dentro del espíritu en donde bulle ese gran designio tal vez ya caminan los futuros batallones, tal vez ya se llenan las playas de Cherburgo de trabajadores y de instrumentos, tal vez ya se esté construyendo un buque colosal, tal vez flota en sus mares una nueva armada y

Algún tiempo después vi pasar nuevamente a ese héroe, más grande en París que César en Roma, y recordé lo que años atrás oí de los labios de mi padre. Se le tributaban honores casi divinos, y le volví a ver pasar también pensativo, también inmóvil como la primera vez. Le preocupaba tormentosamente su colosal proyecto; cien águilas le escoltaban, como a un César romano; marchaban sus regimientos con las banderas desplegadas; sus pesados cañones, con las bocas inclinadas, corrían atravesando entre la multitud, produciendo el ruido del bronce sobre las cureñas; pero en seguida la figura del héroe desapareció ante mi vista envuelto en nubes de polvo, y pasó. Pronunciaban su nombre todos los labios, las campanas eran echadas al vuelo y tronaban los cañones; su séquito producía gran estrépito en las calles, y con clamores y vítores, el pueblo saludaba a ese transeunte glorioso.

Noviembre de 1831

tan pronto se difunde en delicados versos, como al son del piano, que se estremece cuando cantáis, se explaya en dulcísimas notas musicales.

XXXI

A MADAME MARÍA M.

Ave María, gratia plena.

Vuestras miradas son tímidas y vuestra frente serena. Aunque por pudor o por tener de nosotros compasión nos ocultéis vuestra alma cuando el soplo celeste agita vuestro corazón, como fuego escondido bajo la ceniza, de repente se inflama y centellea.

* *

Dejad que oigamos con frecuencia esa voz, que permanece silenciosa. Cuando visteis la luz del día cantaba un ruiseñor. Un sol delicioso os vió nacer. Siendo niña estaba a la cabecera de vuestra cuna un ángel que os marcó con el sello poético, quizás un Dios, quizás vuestro padre.

* *

Dos vírgenes hermanas, la poesía y la música, llenan vuestro pensamiento de infinitas dulzuras; vuestro genio ha gozado de dos auroras a la vez, vuestro espíritu

* *

Hacéis soñar al poeta que sin cesar piensa en vos cuando el cielo está obscuro, cuando la media noche extiende sus velos; porque el alma del poeta que se compone de sombra y de amor, es una flor nocturna que se entrea bre al morir el día y expone su corola a la luz de las estrellas.

9 de diciembre de 1830.

XXXII

PARA LOS POBRES

Qui done au pauvre, prete a Dieu.
V. H.

En vuestras fiestas invernales, vosotros los felices del mundo, ¡oh ricos! cuando el baile os agita en voladores círculos; cuando por todas partes a vuestro alrededor veis brillar las lámparas, candelabros y espejos, y la alegría en el rostro de todos los convidados; cuando con sonoro acento, en vuestra feliz morada, oís en e

reloj la voz grave de las horas, caminan agobiados bajo el peso ¿pensáis algunas veces que, quizás en aquel preciso momento en las calles inmediatas, se detiene un indigente hambriento y ve pasar vuestras iluminadas siluetas tras de los vidrios del salón lleno de luces?...

**

Pensad que está allí abajo, transido de frío y helado por la nieve, ese padre indigente, que al contemplar vuestra fiesta, exclama en voz reconcentrada:— ¡Cuánta riqueza para uno solo! ¡Qué rico debe ser! ¡Cuántos amigos acuden a su festín! ¡Es muy dichoso, sus hijos le sonríen; con lo que valen sus juguetes tendrían para comer pan los míos!

**

Después el indigente compara con vuestro salón de baile su miserable hogar apagado y pobre, sus hijos hambrientos, su madre pálida y andrajosa, tendida sobre un montón de paja, en el suelo y tiritando, la anciana abuela, que el invierno enfrió ya lo bastante para hacerla entrar en la tumba.

**

Dios ha establecido estos grados en la fortuna humana; unos

de las penas, y pocos son convidados al banquete de la dicha; todos no pueden sentarse en él con igual facilidad. Una ley, que nos parece injusta en el mundo, dice a unos: ¡Gozad! y a los otros: ¡Envidiad!

**

Este pensamiento, amargo y sombrío, fermenta en silencio en el corazón de los miserables. Ricos hombres felices, que os adormecéis en la voluptuosidad, tened cuidado de que los desheredados de la fortuna no os arranquen de las manos esos bienes superfluos que atraen sus miradas; que os los arranque la caridad.

**

La benéfica caridad que el pobre idolatra, que es la madre de aquellos que tienen la suerte por madrastra, que levanta y sostiene a los caídos y a los infelices; la que, sacrificándose cuando sea preciso como el Dios mártir, cuyo ejemplo sigue, exclamará: «Bebed, comed, ésta es mi carne, ésta es mi sangre.»

**

Que sea ella, ¡oh ricos! la que las alhajas, los diamantes, las cintas y las perlas, para que el indigente

se alimente, de los brazos de vuestros hijos y del seno de vuestras mujeres las quite, para dárselos a los pobres.

**

Dad, ricos. La limosna es gemitivo de la oración. Cuando un anciano, en el umbral de vuestras puertas, helado por el frío del invierno, en vano os pide de rodillas; cuando sus pequeñuelos, con las manos amoratadas por el frío, recogen a vuestros pies las migajas del banquete, Dios, ofendido, aparta la vista de vosotros.

**

Dad, para que Dios, que dota a las familias, dé fuerza a vuestros hijos y gracia a vuestras hijas; para que vuestra viña produzca fruto en abundancia; para que el trigo se amontone en vuestros graneros; para que seáis mejores; para que veáis en vuestros sueños pasar ángeles por la noche.

**

Dad; porque llegará un día en que abandonaréis el mundo y en que vuestras limosnas os proporcionarán en el cielo una riqueza. Dad, para que diga el menestero-

so:—«Nos compadeció»; para que el indigente, helado de frío, fije miradas menos feroces en vuestros salones de baile.

**

Dad, para tener a Dios propicio; para que hasta el mismo perverso se incline al pronunciar vuestro nombre; para que tengáis un hogar tranquilo; para que un día, en vuestra última hora, alcance la absolución de vuestros pecados la oración que rece un mendigo por vosotros en el cielo.

Enero de 1830.

XXXIII

A... TRAPISTA EN LA MEILLERAYE

Hermano mío, la tempestad fué terrible; el huracán impetuoso que soplabá arrastrándonos de escollo en escollo, cuando vos partisteis abrió de par en par el vasto abismo y amontonó las olas alrededor de vuestro esquife.

**

Sucesivamente, de prisa, para evitar el naufragio, para aligerar